

XXXIII Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana

Discurso de Ana de la Cueva, presidenta de Patrimonio Nacional

Comunicación Universidad de Salamanca / 19/11/2024

Bienvenidos a este Palacio Real de Madrid, para la ceremonia de entrega del premio Reina Sofía de poesía iberoamericana convocado por Patrimonio Nacional y la Universidad de Salamanca.

Ante todo, Señora, quiero agradecer su presencia hoy aquí, y su apoyo constante y continuado en el tiempo, para poder seguir celebrando este certamen, que se ha convertido ya, desde hace años, en un referente en el mundo de las letras iberoamericanas, con un jurado que reúne a figuras que son verdaderas luces en el panorama literario en español.

Para Patrimonio Nacional, este premio es nuestra única y fabulosa incursión en el mundo literario. Nos sentimos muy afortunados por tener el mejor socio en esta empresa, la Universidad de Salamanca, la más antigua de España y del mundo hispano, todo un modelo en el estudio y el conocimiento de las humanidades a nivel europeo y mundial. Gracias, rector, por seguir siendo compañeros de aventura después de tantos años.

Reflexionar sobre lo que significa este premio para Patrimonio Nacional, y qué sentido tiene en el contexto de lo que hacemos, nos lleva a pensar en la diversidad de facetas que nos ofrece la cultura. En Patrimonio Nacional custodiamos y gestionamos un legado de importancia extraordinaria, que es el que hemos heredado tras siglos de coleccionismo real. Los palacios, monasterios, bibliotecas o jardines que conservamos fueron fruto de un gusto artístico y respondieron a las inquietudes políticas, culturales y espirituales de una época.

Si hoy, cuando las circunstancias que vieron nacer esas obras de arte han cambiado radicalmente, todo ese legado permanece vivo y sigue interesando a los miles de personas que nos visitan, es porque el arte nos transmite emociones únicas que conectan con lo más íntimo de cada uno de nosotros. Nos enseñan algo de nosotros mismos. Al final, eso es lo que tienen en común un un palacio magnífico y la verdad íntima de un poema.

Por eso, estar aquí hoy, celebrando la concesión del Premio Reina Sofía a Piedad Bonnett es un gran privilegio. De ella, como es lógico, se ha escrito y comentado mucho. Piedad transita con la misma facilidad por la novela y por la poesía, aunque le guste decir que la poesía es “su lenguaje fundamental”, porque el lenguaje poético le permite abrirse a múltiples sentidos más allá de lo estrictamente narrativo y llegar a lo más profundo de nuestra intimidad. Hay una cita de la escritora que lo explica con claridad: “La ruptura de la lógica nos estremece. Muchas veces un poema es una pregunta.”

Piedad ha dado voz a una generación de mujeres educadas en la sumisión y la obediencia que, con los años, han expresado y sentido la rebeldía, la necesidad de libertad y de romper los límites de lo establecido por la tradición. No en vano, ella empezó a escribir poesía siendo aún adolescente, en el entorno del internado de monjas al que había sido enviada por sus padres para intentar domar su carácter.

Su poesía nos habla sobre la construcción de la identidad humana -fundamentalmente la femenina- y se relaciona con el contexto que la ha visto nacer, el de su Colombia natal, un país con una historia dura y a la vez llena de esperanza. Una sociedad que Piedad analiza semanalmente con mirada crítica en su columna de opinión del periódico “El espectador.”

La historia del país ha dejado huella en los personajes a los que ella da voz, mujeres condicionadas por su educación, su matrimonio, su maternidad, por su propio cuerpo y por la violencia a la que en demasiadas ocasiones son sometidas. Mujeres anónimas que se enfrentan a sus miedos, a sus fragilidades y a su necesidad de libertad. Ella registra y transmite con belleza cómo el paso de los años, las decepciones y las guerras de todo tipo van dejando cicatrices en el ser.

De hecho, los límites entre la literatura y la realidad, en el caso de Bonnett, están muy diluidos y a menudo, en sus escritos, parte de la realidad cotidiana para comenzar a pensar, a indagar y a trascender lo personal y alcanzar el plano literario. Lo expresa muy bien ella misma, cuando dice que “la palabra exacta hace trascender lo cotidiano, decir las cosas de manera hermosa”. Esa hibridación entre realidad y ficción está presente en casi todas sus obras, aunque con total seguridad, la más devastadora de ellas es *Lo que no tiene nombre*, esa novela escrita a raíz del suicidio de su hijo menor, un desgarrador libro que es un acto de valiente maternidad, como cuidar a un hijo más allá de la muerte.

La poesía de Piedad nos hace recordar, también, las palabras de otras mujeres frágiles y a la vez fuertes, y nos hace pensar en el manuscrito del *Libro de la Vida*, de Teresa de Jesús, que exhibimos en la Galería de las Colecciones Reales y que les animo a visitar. Las palabras de ese manuscrito, como las de los poemas de Piedad, son inspiradoras, porque transitan desde lo trascendente hasta lo más íntimo y cotidiano, y nos ayudan a

sentir y a vivir. Y a seguir adelante. Por eso, para Patrimonio Nacional es un orgullo poder ayudar a que ambas voces, de un modo u otro, sean difundidas.

Gracias, Piedad, por esa poesía tuya que nos mueve y gracias por viajar a Madrid para recoger este premio. Enhorabuena.

Muchas gracias.